



Alfonso Grosso

Cien años como hermano de la Amargura

Álvaro Cabezas García

En el presente año se han cumplido cien desde el ingreso del pintor Alfonso Grosso Sánchez (Sevilla, 1893 – 1983), en nuestra corporación. Efectivamente fue en 1917 cuando el artista de veinticuatro años, nacido en la calle Duque Cornejo –en las inmediaciones del lugar donde se encontraba el taller de bordados de Rodríguez Ojeda y que, según creencia extendida, antes había sido el mismo ámbito en el que se hallaba el enorme y afanoso taller de los Roldán en el siglo XVII y de Duque Cornejo en el XVIII–, realizó la peregrinación devocional que la misma hermandad del Desprecio realizó en sus orígenes: pasó del populoso barrio de San Julián, con su parroquia de la antigua imagen de la Hiniesta, al sevillanísimo de la calle Feria y San Juan de la Palma.

Desde muy pronto la Hermandad lo tuvo en alta estima, como se desprende del hecho de que esta colaborara en el homenaje que le rindió el Ateneo al prometedor pintor en julio de 1926, tras volver a Sevilla después de haber representado a la ciudad en Nueva York. Por su propio testimonio sabemos que había sido nazareno de la Amargura durante muchos años –exceptuando la Semana Santa de 1930 en que se encontraba en Estados Unidos–, llegando, incluso, a llevar una bocina hasta que esta le produjo una molestia en la espalda que le hizo renunciar a la penitencia de la salida el Domingo de Ramos. Después de esa etapa, Grosso seguía asistiendo a los cabildos generales de hermanos e iba, con puntualidad, a la misa del domingo en San Juan de la Palma. Como investigó en su momento



nuestro hermano Francisco Javier Segura Márquez, Grosso colaboró con algunos de sus cuadros en la recaudación de fondos para la Hermandad en rifas y convivencias. A pesar de este hecho, Grosso no contempló la representación de la Semana Santa dentro de su ocupación pictórica principal. Él mismo explica por qué: “Creo que me faltó decisión para acometer muchos de estos cuadros por temor al fracaso. Y yo pienso algunas veces, si este temor mío a no saber pintar la luz, el movimiento y el color estallando en las casas blancas y en los pasos procesionales fue lo que hizo recluirme en los rincones de los conventos que son, por contraste, más simples, más silenciosos y más poéticos, aunque también sean difíciles de traducir”.

Por ello, las representaciones con estos asuntos son escasas dentro de su extensísima producción –calculada en unos 1.300 cuadros–, pero a la Hermandad de la Amargura le dedicó el majestuoso lienzo Jueves Santo en San Juan de la Palma, quizá la mejor pintura que tiene nuestra Hermandad como protagonista. Sobre él, Grosso

comentó en una conferencia: “Lo realicé en el interior del templo, un Jueves Santo sevillano, que también pasó a la historia debido a un cambio litúrgico que nos desorganizó el maravilloso desfile de las sevillanas tocadas con mantilla para visitar los Sagrarios”. Se refiere el autor al Jueves Santo 29 de marzo de 1956, primera Semana Santa en que la reforma litúrgica de Pío XII hizo que se retrasara en media jornada la celebración de los oficios o Triduo Sacro. Así dejaron de desarrollarse por la mañana para pasar a hacerlo por la tarde –tal y como los conocemos en la actualidad–, hasta el punto que se inauguró una nueva jornada de la Semana Mayor: el Sábado Santo. Grosso se refiere al numeroso transitar de las mantillas al medio día, al término de las ceremonias religiosas, entre una y otra iglesia para visitar los sagrarios. Al tener lugar esta práctica, desde entonces, por la tarde, coincide el efecto de esta bonita tradición sevillana con los propios desfiles procesionales de las hermandades del Jueves Santo, algo que, a su juicio, resta importancia al hecho de utilizar la vesti-



menta de luto, y ¿por qué no decirlo?, aminora la comodidad del uso de la misma. En el lienzo se aprecian, en el primer plano de la derecha, dos mantillas que mientras recorren al agua bendita en una pila adosada a uno de los pilares de la iglesia, miran con gracia al espectador. Junto al paso de palio de Nuestra Señora de la Amargura, aparecen otras dos mantillas con una figura de menor tamaño y tocada: todas buscan el perfil de la conversación de la Virgen y de San Juan Evangelista. Repárese en que el paso aparece depositado a los pies de la iglesia y mirando hacia el presbiterio, tal y como está colocado con anterioridad a la salida procesional del Domingo de Ramos. Aun no presidía la Virgen el templo desde el retablo mayor, por lo que sigue dispuesta en ese ámbito mucho más discreto. Además de este tiene otro apunte sobre la cofradía, que no llegó a llevar al lienzo, desfilando por la calle Feria al anochecer.

Era tanta la autoridad que en materia artística llegó a alcanzar Grosso –era el director del Museo de Bellas Artes de Sevilla y el retratista

oficial de la ciudad–, que en 1959, con motivo del cierre de la iglesia por obras, el hermano mayor, alentado por el pintor, manifestó al cardenal Bueno Monreal la necesidad de buscar un retablo apropiado “ya que el existente no reúne las condiciones para ello, aparte de su poco valor artístico como estético”. Obtenidos los pertinentes permisos se acordó ese mismo año la adquisición del retablo dieciochesco de la iglesia de San Felipe de Carmona, cerrada al culto por entonces.

Fue Alfonso Grosso un cofrade ejemplar de la Hermandad de la Amargura: un hombre genial y trabajador, aferrado a la tradición y práctico en sevillanismo. Enamorado de la Virgen desde su juventud, se involucró en la Hermandad a partir de 1917 y realizó las estaciones de penitencia cada Domingo de Ramos hasta que pudo compaginarlo con su salud y edad. Y benefició a la Hermandad sirviéndola, no solo con sus pinceles, sino con sus gestiones para la mejora del culto a las imágenes. Es algo digno de recordar y agradecer.